

Escribir sin papel

Relatos



## LA CIGÜEÑA SABIA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en [www.escribirsinpapel.es](http://www.escribirsinpapel.es)  
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



## LA CIGÜEÑA SABIA

### I

En mi pueblo vive un pastor que se llama Hilario, un hombre ya mayor, pero que suele buscar la compañía de los chicos cuando, encerrado el rebaño en el aprisco, va a su casa a descansar. Hilario nos cuenta entonces mil historias, unas que le han pasado a él y otras que se las inventa o que las sabe. Casi todas las historias que cuenta Hilario son apasionantes, pero ninguna es tan bonita como la de la cigüeña sabia, que le pasó a él hace ya muchos años.

Según cuenta, cuando él tenía quince o dieciséis, llegaron, como llegan siempre, las bandadas de cigüeñas. Él vivía en una casa con un corral que daba a la trasera de la iglesia. En la torre de la iglesia solía anidar una pareja de cigüeñas. Aquel año, algún tiempo después de que llegaran las aves, preparándose para pasar el verano, vino un frío muy malo. Se helaron muchas cosechas y los vencejos caían ateridos al suelo de la calle. También llegó a morir alguna cigüeña. En medio de aquellos fríos, una tarde cayó un aguacero inesperado. Hilario salió a su corral para poner a resguardo una bicicleta y vio sorprendido a una cigüeña joven guarecida debajo de una higuera que daba sombra al pozo en el verano. No sabía qué hacer y pensaba que si se acercaba al animal, se asustaría y saldría volando. Levantó la vista y entre aguas se percató de que la lluvia había deshecho el nido de la iglesia. Ya iba a coger al ave cuando quedó estupefacto al oír que la cigüeña hablaba mirándolo a él y que le decía: “Si me dejas pasar la tormenta dentro de tu casa, te lo pagaré con algo de mucho valor”.

“Pasa. Entra en la casa”, acertó a decir el joven una vez que recuperó el habla. La cigüeña, ya seca y caliente a la estufa de la cocina, le pudo explicar que no todas las cigüeñas podían hablar, pero que ella sí, porque había aprendido de tanto vivir con las personas en África en los largos inviernos.

Hilario la contemplaba entre asombrado y aterrorizado. Le daba confianza la manera suave y pacífica con que hablaba la cigüeña, sus ligeros movimientos de cabeza al narrar su vida y, sobre todo, su voz. La voz era sonora y sin estridencias. No chillaba como chillan los pájaros, sino que le salía del pico un tono de voz constante y sereno, sin altibajos. Pero junto a esa confianza, pensaba a cada instante que no debía haberla

metido en su casa. Le daba miedo tener un pájaro tan grande en la cocina: si se echaba a volar, lo rompería todo buscando una salida.

Y hablaba. Además, hablaba.

La verdad es que Hilario pensó mucho rato que eso era una broma de algún amigo suyo. Una cigüeña no podía hablar. Pero él mismo la había cogido del patio mojada y no había notado nada raro. Era un animal, con sus plumas y sus huesos y su parpadeo aburrido. Así que ahora, puesta sobre una silla, cerca de la estufa encendida, hablaba y hablaba sin que nadie le preguntara y sin preguntar nada.

Contaba cosas de su vida. Al principio, estuvo mucho rato explicándole a Hilario cómo había aprendido a hablar. Después empezó a hablarle del viaje tan largo que tenían que hacer cada año para llegar a su pueblo. Lo explicaba todo con tantos detalles que era fácil imaginarse lo que describía. Cuando pudo vencer los temores del comienzo, Hilario se quedó como hipnotizado escuchando a la cigüeña, interesado en lo que oía, cautivado por aquella voz que explicaba tan bien todas las cosas y que hacía desear constantemente que empezara a hablar de algo nuevo.

Aquella noche la pasó la cigüeña en la casa del muchacho, porque no dejó de llover hasta muy tarde. Todo el tiempo estuvo hablando con Hilario, hasta que, rendida por el sueño, le pidió un sitio para poder dormir.

Ya no se iría de allí en todo aquel verano. A Hilario le encantaba escucharla, ahora que ya no le tenía miedo. Él, que apenas si sabía leer un poco, se embobaba horas y horas absorto en las cosas que la cigüeña le contaba. Comenzó también a preguntarle y a pedirle que le contase por segunda o tercera vez alguna historia de las que ya le tenía dichas. Ella, sin mostrar ni sorpresa ni pesadumbre, contaba todo lo que el chico le pedía: la primera vez que voló, por qué iba siempre al pueblo de Hilario, las temperaturas cambiantes del desierto, el color de los hombres de África, y mil historias que había oído a los contadores de cuentos de las montañas y de los desiertos.

No todas las cigüeñas sabían hablar.

Había muchas que nunca escuchaban a los hombres. Muchas que los escuchaban sin comprender lo que dicen. Había algunas que lo comprendían. Y había unas cuantas que llegaban a hablar como hablan los hombres. Como las cigüeñas viajan tanto, aprenden el lenguaje de muchos pueblos. Y aprenden también lo que saben las personas de muchos países.

Durante todo aquel verano, Hilario aprendió cosas que ni se había imaginado. Supo cómo navegan los pescadores de Mauritania; supo cómo se curan en el desierto cuando a uno le muerde una serpiente; supo cómo se esconden del viento los tuaregs; cómo alimentan a sus camellos; cómo cultivan los jazmines en las huertas de Egipto; y supo muchas cosas más.

Aunque Hilario era un muchacho muy ignorante, ese verano aprendió más cosas de las que había aprendido en toda su vida anterior. Y lo mejor fue que le gustaba tanto aprender, que se pasaba las tardes y las noches hechizado con la voz de la cigüeña y preguntándole más y más cosas.

En septiembre, cuando llegó el viento frío, la cigüeña se fue con sus compañeras. Prometió a Hilario que al año siguiente volvería a ese mismo pueblo. Hilario, triste, comenzó a contar los días que faltaban para que llegase el momento de su vuelta.

## II

El año siguiente, Hilario esperó con ansia la llegada de las cigüeñas. Cuando llegaron, reconoció entusiasmado a la cigüeña sabia. De nuevo pasaron el verano hablando. Las novedades que traía la cigüeña dejaban boquiabierto al muchacho: cómo crecía en verano el río Nilo, en lugar de menguar; cómo vigilaban sus orillas los enormes cocodrilos; cómo se extendía el aroma de los bosques de cedros en las montañas de Marruecos; cómo cantaban las mujeres a sus hijos... Hilario escuchaba y escuchaba.

Cada vez sabía más cosas. Le gustaba tanto aprender, que cuando no estaba escuchando a la cigüeña, se pasaba largos ratos leyendo. Así que aprendió geografía, historia y matemáticas, los secretos de la tierra y del mar y las costumbres de los animales, aunque fuesen los más raros.

Un año tras otro, los veranos se iban repitiendo y el chico, cada vez mayor, era cada vez más sabio, gracias a su cigüeña, que continuó yendo a su casa siempre.

Así, llegó una vez al pueblo una enorme granizada, con grandes lluvias que hicieron que los ríos se saliesen de su cauce y anegaran los campos. Las lagunas que se formaban iban a estropear las cosechas de aquel año. Todos los campesinos estaban muy preocupados viendo cómo sus planteles se ahogaban en el agua de la lluvia. Y cada vez llovía más.

Hilario fue entonces a hablar con ellos, a decirles que él sabía cómo podían solucionar su problema. Él sabía –se lo había contado la cigüeña sabia– que cuando hay grandes riadas por las lluvias del trópico, los campesinos construyen unas represas pequeñas a lo largo de las orillas del río, utilizando troncos de árboles y ramaje. Al principio ninguno le hizo caso, porque decían que qué iba a saber del campo ese chico que no sabía de nada. Pero él insistió tanto y tanto que al fin alguno quiso que se lo explicara mejor.

Entre Hilario y los hombres que quisieron seguir su consejo, lograron detener el avance del agua desbordada allí donde pusieron los pequeños diques. Cuando lo

supieron, todos los demás hicieron lo mismo y gracias al consejo de Hilario, se salvaron las cosechas. A partir de aquello, Hilario comenzó a ganar fama de hombre sabio.

Muchas más veces fueron a pedir consejo a Hilario.

Al pueblo llegó de visita un personaje muy importante de la ciudad. Como antes nunca había ido nadie tan importante, ni el alcalde ni los hombres más destacados del pueblo sabían qué había que hacer con tan señalada visita. Si el hombre de la ciudad se veía bien recibido y quedaba satisfecho del trato que se le diera, podrían pedirle que hiciera una carretera desde el pueblo hasta la ciudad, y así no tendrían los terribles problemas que tenían entonces cada vez que alguien necesitaba algún encargo de allí abajo. Llamaron a Hilario para que les dijera cómo debían actuar. Hilario explicó que había que darle de comer tal y tal cosa, de beber este vino o aquel licor, que había que prepararle en la fonda una habitación de tal manera; escribió los discursos que pronunciaron los hombres más destacados del pueblo ante el hombre importante de la ciudad; él mismo fue encargado de enseñarle el pueblo y de llevarlo al castillo para que viera lo bonito que es.

El hombre de la ciudad se volvió muy contento del trato que le habían dado. Al poco tiempo, la carretera llegaba al pueblo desde la ciudad.

Todos estuvieron muy agradecidos a Hilario, y hasta lo quisieron nombrar alcalde. Pero él dijo que prefería ser pastor. Se compró un rebaño de ovejas y desde entonces las pastorea por los prados del pueblo.

Aunque Hilario apenas sabía leer y escribir antes de conocer a la cigüeña sabia, acabó aprendiendo a componer versos. Los hacía muy bien, luego cantaba canciones con sus propios versos.

Cuando se enamoró de una chica del pueblo, como ella no llegaba a enterarse, él le escribió unos versos muy bonitos. Cuando ella los oyó, le gustaron tanto que quiso conocer al chico que los había escrito.

Hilario habló con ella muchas veces. Le contaba cosas de las que había oído a la cigüeña. La chica se enamoró de aquel hombre tan prudente y que conocía tantas cosas. Se casaron y aún hoy siguen viviendo juntos.

### III

De andar con las ovejas por los pastos, Hilario conoció muchas hierbas y su amiga la cigüeña le fue explicando qué uso se le podía dar a cada una. Unas se preparaban hervidas en agua, otras se maceraban en aceite: todas servían para algo.

Con las hierbas que conoció, Hilario comenzó a curar a sus vecinos. De todas partes acudían para que él les diese el remedio a sus enfermedades.

Una vez, llegó un hombre muy rico. Los médicos que lo habían visto antes le habían dicho que so sabían qué mal tenía. Así que fue a ver a Hilario y le prometió que le daría mucho dinero si lograba curarlo.

Hilario lo vio, lo reconoció en silencio. Consultó con su amiga la cigüeña sabia. Por fin, le dijo a aquel hombre que su enfermedad lo mataría en poco tiempo si no bebía un licor de hierbas que él le preparó.

El hombre sanó a las tres semanas. Fue entonces a pagarle a Hilario lo que le había prometido. Pero Hilario le dijo que no quería ser rico, que con su rebaño tenía suficiente dinero para comer y que su mayor riqueza era todo lo que había aprendido.

Así que Hilario siguió aprendiendo cosas de sus conversaciones con la cigüeña y de su lectura de libros. Todos sus vecinos continuaron consultándole cada vez que tenían un problema.

Un año, cuando vinieron las bandadas de cigüeñas, Hilario esperó a ver aparecer a la suya. Pero no llegaba. Había vivido muchos años y decía siempre que cuando no tuviese fuerzas para venir volando desde África, se quedaría en un pueblo marroquí al lado del desierto, poblado de palmeras. Pensaba pasar sus últimos años comiendo dátiles dulces y calentando sus alas viejas al sol del crepúsculo.

Y el viejo Hilario nos cuenta que él está seguro de que su cigüeña sabia estará todavía allí, escuchando de noche a los hombres que cuentan cuentos de épocas pasadas y oyendo cantar a las mujeres hermosos versos a sus hijos.